

JG  
BALLARD

ZONA  
DE  
CATÁSTROFE



Las preocupaciones obsesivas de Ballard, la relación entre paisaje exterior y el onírico paisaje interior, las consecuencias temporales atascadas o invertidas, las imágenes simbólicas... han orientado la ficción especulativa hacia la psique, dándole una dirección que es de pronto parte del pensamiento contemporáneo... las historias de Ballard nos alcanzan con el brillo solitario y perturbador de esos mensajes que flotan en botellas arrojadas al mar y que exigen una respuesta.

J.G. Ballard

## Zona de catástrofe

Título original: *Desaster Area*

©1967, J. G. Ballard

Traducción:

"Pájaro de tormentas, soñador de tormentas", traducción de José Calvo Moreno)

"Ciudad de concentración", traducción de Marcial Souto)

"El hombre subliminal", traducción de Aurora Bernárdez 1971)

"Despierta el mar", traducción de Francisco Abelen-da 1967)

"Menos uno", traducción de Aurora Bernárdez 1971)

"El señor F. es el señor F.", traducción de Marcial Souto 1995)

"Zona de terror", traducción de José Calvo Moreno)

"Nicho 69", traducción de José Calvo Moreno)

"El hombre imposible", traducción de Marcial Souto 1972)



## PÁJARO DE TORMENTAS, SOÑADOR DE TORMENTAS

AL AMANECER LOS CUERPOS de los pájaros muertos brillaban en la luz húmeda del pantano, y los plumajes grises colgaban sobre el agua quieta como nubes caídas. Todas las mañanas, cuando Crispin salía a la cubierta de la nave, veía los pájaros tendidos en las ensenadas y los canales donde habían muerto dos meses atrás —limpias ahora las heridas por la lenta corriente— y observaba a la mujer canosa que vivía en la casa vacía debajo del acantilado y caminaba entonces por la orilla del río. A lo largo de la estrecha playa los pájaros inmensos, más grandes que cóndores, yacían a los pies de la mujer. Mientras Crispin la contemplaba desde el puente de la nave, ella caminaba entre los pájaros, agachándose de vez en cuando para arrancar una pluma de las alas extendidas. Al final del paseo, cuando regresaba por el prado húmedo hacia la casa, llevaba los brazos cargados de inmensos plumeros blancos.

Al principio Crispin había tenido una oscura sensación de molestia viendo cómo esta extraña mujer bajaba hasta la playa y les quitaba sosegadamente las plumas a los pájaros muertos. Aunque en las márgenes del río y en la ensenada donde estaba anclada la nave había miles de criaturas muertas, Crispin las sentía aún como propiedad personal. El mismo, casi sin ayuda, había sido responsable de la matanza de muchos pájaros en las últimas terribles batallas, cuando llegaron de los nidos al mar del Norte atacando a la nave. Cada una de las inmensas criaturas blancas —gaviotas en su mayor parte, más unos pocos petreles— llevaba en el corazón, como una joya, la bala de Crispin.

Mientras observaba a la mujer, que cruzaba el prado hacia la casa, Crispin recordó otra vez las horas frenéticas

que habían precedido al desesperado ataque final de los pájaros. Desesperado le parecía ahora, cuando los cuerpos yacían como una colcha húmeda sobre los fríos pantanos de Norfolk, pero entonces, meses atrás, cuando aquellas formas abultadas habían oscurecido el cielo de la nave, era Crispin quien había perdido toda esperanza.

Los pájaros, más grandes que hombres, de envergaduras de hasta veinte metros, habían tapado el sol. Crispin corrió como loco por las herrumbrosas cubiertas de metal, arrastrando con las manos laceradas las cajas de municiones, y cargándolas en las recámaras de las ametralladoras. Mientras, Quimby, el muchacho idiota de la granja de Long Reach, a quien Crispin le había pedido que lo ayudara a cargar las armas, farfullaba en la cubierta de proa, saltando sobre las piernas torcidas, tratando de escapar a las enormes sombras que pasaban allá arriba. Cuando los pájaros se precipitaron sobre la nave, y el cielo fue de pronto una guadaña blanca, Crispin apenas alcanzó a refugiarse en la torrecilla, bajo el dosel de los aparejos.

Había vencido sin embargo. La primera ola, que descendía como una armada blanca, fue derribada sobre los pantanos, y Crispin se volvió luego hacia el segundo grupo: una bandada que venía volando sobre el río, a baja altura. Los cuerpos habían golpeado los costados de la nave, sobre la línea de flotación, mellando el casco. En la culminación de la batalla, los pájaros habían estado en todas partes; las alas eran como cruces chillonas en el cielo, y los cadáveres chocaban contra el cordaje y caían en la cubierta, alrededor, mientras Crispin movía las pesadas ametralladoras, disparando a un lado y a otro. Crispin perdió toda esperanza una docena de veces, y maldijo a los hombres que lo habían dejado en este armatoste herrumbroso a merced de los pájaros gigantes y contando sólo con la ayuda de

Quimby, a quien había tenido que pagarle de su propio bolsillo.

Entonces, cuando parecía que la batalla duraría para siempre, y cuando los pájaros ocultaban todavía el cielo, y ya casi no había municiones, Crispin vio a Quimby que bailaba sobre los cuerpos apilados en la cubierta, y los arrojaba al agua con la horquilla, a medida que caían a su alrededor.

En ese momento Crispin supo que había vencido. Quimby —la cara y el pecho deformes manchados de plumas y sangre— trajo en seguida más munición. Gritando ahora, animado por un orgullo que nacía del coraje y del miedo, Crispin había acabado con el resto de los pájaros, matando a tiros a los rezagados, unos pocos halcones jóvenes, cuando volaban hacia la orilla. Durante toda una hora, cuando ya había muerto el último pájaro y las aguas del río pasaban enrojecidas de sangre, Crispin, instalado en la torre, disparó al cielo que se había atrevido a atacarlo.

Poco después el tumulto y la excitación de la batalla habían concluido del todo, y Crispin descubrió que el único testigo de la victoria sobre aquel Apocalipsis aéreo era un idiota patizambo a quien nadie prestaría atención. Por supuesto, la mujer canosa había estado siempre allí, oculta detrás de las persianas de la casa, pero Crispin no lo supo sino horas después, cuando ella empezó a pasearse entre los cadáveres. En un principio, Crispin se había sentido contento mirando los pájaros derribados, las formas borrosas arrastradas por los frescos remolinos del río y las aguas pantanosas. Envió a Quimby de vuelta a la granja, y observó cómo el idiota iba río abajo pateando los cuerpos hinchados. Luego, llevando como bandoleras los cartuchos de ametralladora, cruzados sobre el pecho, Crispin se instaló en el puente de mando.

La aparición de la mujer lo alegró, sintiendo que ahora había alguien que lo acompañaba en el triunfo, y que ella debía de haberlo visto en la plataforma del puente. Pero la mujer le echó una única ojeada, y no volvió a mirarlo. Parecía que no tenía otro propósito que el de explorar la playa y el prado delante de la casa.

Tres días después de la batalla la mujer había salido al prado con Quimby, y el enano se pasó la mañana y la tarde sacando de allí los cuerpos de los pájaros. Los apiló en una pesada carreta de madera, se metió luego entre las varas, y llevó la carga a un foso cerca de la granja. Al día siguiente apareció de nuevo en un bote de madera que impulsaba con una pértiga. La mujer iba de pie en la proa como un fantasma distante entre los cuerpos de los pájaros que flotaban en el agua. De cuando en cuando Quimby alzaba la pértiga y daba vuelta a alguno de los enormes cadáveres, como si buscara algo entre ellos. Había muchas historias apócrifas, y algunas gentes de la región contaban que los picos de los pájaros llevaban colmillos de marfil, pero Crispin sabía que esto era un disparate.

Los movimientos de la mujer confundían a Crispin, pues sentía que la muerte de los pájaros había serenado también el paisaje alrededor de la nave y todo lo que allí había. Poco después, cuando la mujer empezó a recolectar plumas de pájaro, Crispin pensó que estaban despojándolo de un privilegio exclusivo. Tarde o temprano las ratas del río y otros saqueadores de los pantanos destruirían a los pájaros, pero ahora Crispin se sentía ofendido viendo que alguien lo despojaba de un tesoro obtenido con tanto esfuerzo. Luego de la batalla había mandado un breve mensaje manuscrito, de letra desigual, al oficial del puesto del ejército, a treinta kilómetros de distancia, y mientras no llegara la respuesta prefería que nadie moviera de su sitio aquellos miles de cuerpos. Como miembro conscripto del

servicio de vigilancia no podía esperar un premio en dinero, pero no era imposible en cambio que le dieran una medalla o lo recomendaran a las autoridades.

El hecho de que la mujer era el único testigo, además del idiota Quimby, lo convenció de que no convenía contrariarla. Por otra parte, la mujer tenía una conducta tan rara que bien podía estar loca. Crispin nunca la había visto a menos de trescientos metros —la distancia que separaba a la nave de la orilla—, pero la miraba a menudo con ayuda del telescopio montado en la baranda del puente, y alcanzaba a verle con claridad el pelo blanco y el rostro arrogante y pálido, y los brazos delgados pero fuertes. La mujer andaba de un lado a otro con los brazos en jarras, y vestida con una bata gris que le llegaba a los tobillos. Tenía el aspecto descuidado de alguien que ha vivido solo durante mucho tiempo, y ya no le importa.

Crispin observó durante horas a la mujer, que caminaba entre los cadáveres. La marea depositaba en la arena una nueva carga, todos los días, pero ahora que los cuerpos estaban descomponiéndose, no parecían tener ningún significado, excepto desde lejos. La casa de la mujer miraba la ensenada de aguas poco profundas donde había anclado la nave, una de esas tantas embarcaciones costeras que fueron transformadas apresuradamente cuando aparecieron las primeras bandadas de pájaros, dos años atrás. Mirando por el telescopio Crispin podía contar las marcas en el estuco blanco donde habían golpeado las balas de la ametralladora.

Al fin del paseo, la mujer llevaba en los brazos una guirnalda de plumas. Mientras Crispin la observaba, con las manos apoyadas en las bandoleras que le cruzaban el pecho, la mujer se acercó a uno de los pájaros, metiéndose en el agua poco profunda, y miró la cabeza sumergida a

medias. Luego arrancó una pluma del ala y la sumó a la colección que llevaba en los brazos.

Impaciente, Crispin volvió al telescopio. En el pequeño ocular, la figura tambaleante de la mujer, tapada casi por la espuma de plumas blancas, se asemejaba a la de un enorme pájaro ornamental, un pavo real blanco. ¿Se imaginaría quizá la mujer, por algún motivo, que ella misma era un pájaro?

Crispin entró en la cabina del timón y pasó los dedos por la pistola de señales. Cuando la mujer apareciera de nuevo, a la mañana siguiente, él podía dispararle una de las luces por encima de la cabeza, avisándole así que los pájaros le pertenecían, súbditos de su propio reino transitorio. El granjero, Hassell, que había venido con Quimby a pedirle permiso para quemar algunos de los cuerpos y utilizarlos como fertilizante, había admitido francamente los derechos morales de Crispin.

Crispin acostumbraba inspeccionar en las horas de la mañana las cajas de municiones y las montaduras de la artillería. Las cajas de metal resquebrajaban las cubiertas herrumbrosas. La nave entera se hundía poco a poco en el lodo. En la marea alta, Crispin oía cómo el agua entraba por centenares de hendeduras y agujeros de remaches, como un ejército de roedores de lenguas de plata.

Esta mañana, sin embargo, la inspección fue breve. Luego de probar la torrecilla del puente —siempre había la posibilidad de que apareciera de pronto algún pájaro rezagado, viniendo desde los terrenos de nidos, a lo largo de la costa abandonada— Crispin volvió al telescopio. La mujer estaba a un lado de la casa, cortando los restos de una pequeña pérgola de rosas. De cuando en cuando miraba el

cielo y el acantilado, examinando la oscura línea escarpada como si esperara a uno de los pájaros.

Crispin sintió entonces que su propio temor a los pájaros había quedado atrás, y comprendió por qué le molestaba que la mujer les arrancase las plumas. A medida que los cuerpos y el plumaje empezaban a descomponerse, Crispin sentía una mayor necesidad de conservarlos. Recordaba a menudo aquellas caras trágicas que habían descendido del cielo, más lastimosas que temibles, víctimas de lo que el oficial de distrito había llamado un "accidente biológico"... Crispin recordaba vagamente al hombre que había hablado de los nuevos promotores de crecimiento utilizados en los sembrados de East Anglia, y de cómo habían afectado, de un modo extraordinario e imprevisto, la vida de las aves.

Cinco años antes Crispin había trabajado a jornal en el campo, incapaz de encontrar algo mejor luego de los años desperdiciados en el servicio militar. Recordaba el primero de los nuevos rocíos artificiales empleados en el trigo y en los sembrados de fruta; el viscoso residuo fosforescente que centelleaba en las plantas y los árboles a la luz de la luna transformaba el tranquilo remanso agrícola en un paisaje misterioso donde las fuerzas de una naturaleza oculta estaban siempre alertas y en movimiento. La goma de plata había obstruido las bocas de las gaviotas y las urracas, y los cadáveres habían cubierto los campos. El mismo Crispin había salvado a muchos de los pájaros limpiándoles el pico y las plumas y echándolos a volar hacia la costa.

Los pájaros volvieron tres años después. Los primeros cuervos marinos y las gaviotas de cabeza negra tenían una envergadura de tres o cuatro metros, cuerpos fuertes, y picos capaces de despedazar a un perro común. Cerniéndose a baja altura sobre la campiña, mientras Crispin mane-

jaba el tractor bajo los cielos despejados, parecían esperar algún acontecimiento.

En el otoño siguiente apareció una segunda generación de pájaros, todavía mayores: gorriones feroces como águilas, plangas y gaviotas con envergaduras de cóndores. Esas criaturas inmensas, anchas y fuertes como hombres, escapaban de las tormentas de la costa, matando el ganado de los campos y atacando a las familias de campesinos. Regresando por algún motivo a los sembrados infectados, eran la avanzada de una flota aérea de millones de pájaros que oscurecieron los cielos del país. Impulsados por el hambre empezaron a atacar a los seres humanos, única fuente posible de alimento.

Crispin había estado demasiado ocupado en la defensa de la granja y no había seguido el curso de la batalla contra los pájaros, que se libraba en todo el mundo. La granja —a no más de quince kilómetros de la costa— había sido sitiada. Luego de atacar a las vacas del lugar, los pájaros se volvieron hacia los edificios de la granja. Una noche Crispin despertó en el momento en que un pájaro fragata, de hombros más anchos que una puerta, hacia pedazos la persiana de la puerta y entraba en el cuarto. Tomando la horquilla, Crispin la clavó por el cuello a la pared.

Luego de la destrucción de la granja, en la que murieron el propietario, los miembros de la familia y otros tres hombres, Crispin se ofreció como voluntario en el servicio de vigilancia. El oficial que encabezaba la columna motorizada rechazó al principio la oferta de Crispin. Examinando a aquel hombrecito, de cara de hurón, nariz ganchuda y una marca de nacimiento —como una estrella— bajo el ojo izquierdo, y que cojeaba por entre las ruinas de la granja vestido con poco más que una camiseta deportiva manchada de sangre, mientras los últimos pájaros se alejaban girando

como cruces en el cielo, el oficial había meneado la cabeza, viendo en los ojos de Crispin una ciega necesidad de venganza.

Sin embargo, cuando contaron los pájaros muertos alrededor del horno de ladrillos, donde Crispin se había defendido empleando como única arma una guadaña poco más alta que él, lo aceptaron en seguida. Le dieron un rifle y durante media hora recorrieron los campos contiguos, cubiertos de esqueletos de vacas y cerdos, rematando a los pájaros caídos.

Finalmente, Crispin había ido a parar a la nave de vigilancia, un armatoste grisáceo que se herrumbraba en un remanso de aguas pantanosas, donde un enano armado de una pértiga empujaba una barca entre cadáveres de pájaros, y una mujer loca se adornaba en la playa con guirnaldas de plumas.

Durante una hora Crispin se paseó por la nave mientras la mujer trabajaba detrás de la casa. De pronto ella apareció con una cesta de mimbre colmada de plumas y las extendió sobre un bastidor junto a la pérgola de rosas.

En la popa de la nave Crispin abrió de un puntapié la puerta de la cocina. Atisbó el oscuro interior.

—¡Quimby! ¿Estás ahí?

Este oscuro agujero era todavía como un segundo hogar para Quimby. El enano se aparecía de cuando en cuando en la nave, quizá con la esperanza de asistir a otra batalla contra los pájaros.

No hubo respuesta y echándose el rifle al hombro Crispin fue hacia la escalerilla. Mirando siempre la orilla del río, donde el penacho de humo de una hoguera subía en el

aire plácido, se ajustó las bandoleras y descendió por la crujiente escalerilla que llevaba a la lancha.

Los cuerpos muertos de los pájaros se amontonaban alrededor de la nave como el piso empapado de una balsa. Luego de intentar que la lancha se abriera camino entre los cadáveres, Crispin detuvo el motor fuera de borda y empuñó un garfio. Muchos de los pájaros pesaban cerca de doscientos cincuenta kilos, y flotaban en el agua con las alas entrelazadas, enredados en los cables y cuerdas que bajaban de las cubiertas. Crispin apenas podía apartarlos con el garfio, y lentamente impulsó la lancha hacia la boca del estuario.

Recordó que el oficial le había hablado del estrecho parentesco que unía a pájaros y reptiles —y esto explicaba evidentemente la ferocidad y el odio de los pájaros cuando tropezaban con algún mamífero—, pero para Crispin las caras lavadas que asomaban en la superficie eran como las caras de unos delfines ahogados. Casi humanas, de expresión individual y serena. Mientras avanzaba por el río entre las formas flotantes se le ocurrió que había sido atacado por una raza de hombres alados impulsados, no por la crueldad del instinto ciego, sino por el llamado de un destino irrevocable y desconocido. A lo largo de la orilla vecina, las formas plateadas de los pájaros yacían entre los árboles y en los claros de hierba. Sentado en la lancha Crispin sintió que había dejado atrás una apocalíptica batalla celeste, y que en el paisaje de la mañana los pájaros eran como los cadáveres de unos ángeles caídos.

Acercó la lancha a la playa, apartando los pájaros tendidos en las aguas poco profundas. Por algún motivo, una bandada de palomas —y algunas tórtolas entre ellas— había caído a orillas del agua. Los cuerpos de pecho hinchado, de por lo menos tres metros de largo de la cabeza a